

CONCEPTO DEL VALOR SEGUN LA CIENCIA ECONOMICA

II

La Escuela Realista nos ofrece un enfoque definitivo del concepto del valor.

Sebastián Mantilla, S. J.

Lic. en Ciencias Económicas.

El mes pasado publicamos en "ECA" un estudio sobre la problemática del valor.

En él defendíamos que existe una verdadera Filosofía de la Economía, aunque esta afirmación nuestra pueda extrañar a quienes piensen que "eso" de economía debe ser algo relacionado sólo con el "ahorro". Pero el hecho es que existe una Economía Filosófica, y que la Filosofía, que pervade todo conocimiento y especulación, se ha metido de rondón en el campo de la Economía Científica.

Allí demostramos cómo desde Adam Smith hasta Marx, han sido filósofos los que escribieron sobre esta Ciencia. Y allí mismo hicimos también mención de que el concepto de valor, fundamental en Economía, constituye una faceta moderna e interesantísima de la Filosofía, que se ha denominado "Filosofía Axiológica", o "Teoría de los Valores".

En su segunda parte, dedicada a la "Axiología Económica", presentamos la corriente de autores que forman el llamado "Grupo Objetivista", para los cuales tiene mayor importancia el problema de hallar un módulo o medida del valor (el fenómeno del cambio se impone de manera tiránica en Economía) que la otra cuestión más especulativa de dar con la esencia del mismo.

Expusimos también la orientación del grupo llamado subjetivista, que corre desde Malthus hasta los modernos liberales franceses e ingleses durante todo el siglo XIX.

El Marginalismo pertenece también a este segundo grupo, pues, aunque es cierto que hay ya una gran distancia recorrida desde la famosa tabla de necesidades de Menger y Bohh-Bawerk hasta las concesiones al costo de producción de Von Mises, Hayek o Lionel Robbins, y aunque admitiéramos sin reservas (que sería mucho admitir) su renuncia sincera a medir las decisiones humanas con el principio hedonístico como módulo único, todavía los seguidores de esta escuela tienen por fuerza que conservar como algo esencial a la misma que el valor de los bienes está en función de la satisfacción actual que experimenta el sujeto y varía con ella, principio funesto y que rompe toda posible estructuración de una verdadera teoría científica.

LA ESCUELA REALISTA O SOLIDARISTA.

Frente a este Marginalismo vacilante se alza la Escuela Realista (o Subjetivo-Objetivista) que camina tan alejada de su inútil subjetivismo como del no menos peligroso objetivismo ricardomarxista.

Su principal adalid ha sido en los tiempos recientes el jesuita alemán Heinrich Pesch, seguido de cerca por el P. Albert Muller, sociólogo belga, el P. Antoine, francés y los PP. Chalbaud y Azpiazu, jesuitas españoles.

Su tesis se basa en las doctrinas de los grandes filósofos y teólogos de la Edad de Oro, Langenstein, Santo Tomás, San Antonio Arzobispo de Florencia, Suárez, Molina y otros.

Lo objetivo en el valor.

Según esta escuela, es preciso reconocer algo objetivo que fundamente nuestra estima y que se identifica con las perfecciones o cualidades del ser en cuanto pueden ser reconocidas y apetecidas por el hombre.

Prescindiendo de otros órdenes de valores y admitiendo provisionalmente que el orden económico se refiera principalmente a los bienes útiles, esta escuela considera a la utilidad como ese “algo” objetivo y la radica, al menos fundamentalmente, en las cualidades del ser, consideradas como capaces de satisfacer las necesidades humanas.

Estas necesidades las entiende, no en el sentido estrictísimo de “aquello sin lo cual el ser humano no puede subsistir”, sino de toda aquella tendencia o inclinación que percibida por el hombre puede moverle a hacer un esfuerzo por satisfacerla, aunque razonablemente no pase de ser una mera superfluidad o un capricho. En este sentido las exigencias de la moda serían una verdadera “necesidad” al menos para las mujeres de cierta posición social.

La utilidad en el objeto y la necesidad en el sujeto.

Conocidas, por ejemplo, las cualidades nutritivas de una piña u otro fruto cualquiera, y experimentando un sujeto determinado la necesidad de alimento, brota en él la estima de dicho bien útil. Brota en él y persevera, aun después de satisfecha su necesidad actual, en contra del supuesto marginalista. En ese momento es cuando surge el valor económico, o el valor simplemente.

Hasta que llegue ese momento no se puede hablar con propiedad de la existencia de un valor formal para tal sujeto, aunque tampoco hay inconveniente en conceder a los Axiólogos que tal valor se puede considerar como formando a perpetuidad parte de dicho ser o existiendo “a parte rei” y en ese sentido admitir con Ortega y Gasset que existe el mundo de los valores como existe el mundo de los seres.

“TA PROS TI”.

Todo bien útil dice relación al sujeto capaz de aprovechar su utilidad y para muchos en esa relación es donde se halla la esencia sutilísima del valor (sutilísima pero real); aunque para otros más bien es el concepto de utilidad el que corresponde a ese “respicere ad” del ser hacia el sujeto valorante.

Ateniéndonos a esta última opinión, el concepto formal de valor habría que reservarlo para esa apreciación sensitivo-volitiva-intelectual, que se produce en el individuo como resultado de su entrada en contacto con el mundo fenoménico. Es claro que ese concepto del valor no es un mero subjetivismo, sino que se proyecta hacia el ser y al estimarlo lo envuelve por decirlo así con ese halo sutilísimo de su aprecio y lo transforma de mero “ser” en “valor”. Puede, pues, el filósofo hablar con todo derecho del mundo de los valores como de algo existente y subsistente fuera de sí mismo.

Un concepto definitivo del valor.

De aquí que Heinrich Pesch definiera el valor económico fundamental como “la estimabilidad social de un bien económico concreto, derivado de su utilidad social”.

Este valor objetivo de uso se identificaría con la perfección del ser en cuanto es apto para satisfacer las necesidades humanas y podría diferenciarse de otro valor que pudiera denominarse subjetivo y que consistiría en la estima o aprecio actual que un individuo hace de la perfección de un bien determinado, en cuanto es apto para satisfacer las necesidades económicas. Dicho valor puede ser puramente subjetivo cuando la estima o aprecio no corresponde a una realidad objetiva, y subjetivo-objetivo cuando corresponde.

El valor de uso de Adam Smith no puede considerarse como verdadero valor económico.

Y advierta el lector que estamos todavía en la región del puro valor de uso que es por fuerza un valor individual, aunque la definición antes copiada da ya paso al valor social.

En este mero valor de uso la teoría realista admite un concepto objetivo-subjetivo del valor que tiene un carácter general para toda clase de valoraciones, aun para aquellas que trascienden del campo meramente económico. Con vistas a esta generalización la Escuela Realista usaría más bien el término "valoración individual" y diría de dicha valoración que considera la perfección del ser en orden a alguna aspiración o tendencia o inclinación del sujeto valorante.

En este sentido la valoración puede ser muy diferente e incluso cambiar de intensidad (y hasta se podría decir de signo) según el orden en el cual se contemple la perfección del ser. Así dentro de este concepto de valor relativo podríamos hablar de valor artístico mayor o menor, de valor religioso mayor o menor, de valor científico mayor o menor, de valor alimenticio mayor o menor, de valor hedonístico mayor o menor y establecer en cada categoría nuestras escalas de preferencia.

¿Podríamos hablar también en este mismo sentido de "valor económico"? Aunque ha habido quien lo ha hecho, nos inclinamos a reservar este concepto al llamado "valor de cambio", ya que el valor económico hasta aquí descrito y que se pudiera llamar siguiendo la nomenclatura hecha clásica por Adam Smith "valor de uso", o no existe o se identifica con los anteriores, como vamos a demostrar a continuación.

Un nuevo concepto de valor económico.

¿Qué decir de todas estas teorías económicas del valor?

A mi juicio todas ellas adolecen de un defecto común que las hace menos claras. Este defecto es el suponer que la valoración económica es una valoración específica, que tiene su campo exclusivo y propio y se refiere a ciertos bienes tan solo: los bienes económicos. Así como Ortega y Gasset y todos los Axiólogos nos hablan de valores económicos, los Economistas se empeñan por su parte en acotar también dentro de su campo ciertos bienes a los que han dado en llamar bienes útiles o bienes económicos y que responden a las que ellos consideran necesidades económicas. Incluso se plantean el problema y lo discuten de cuáles pueden llamarse "necesidades económicas" y cuáles no, etc.

Pero toda esta manera de hablar admite y da por evidente que la estima individual, el llamado "valor de uso" de Adam Smith puede admitirse como verdadero valor económico, como valor formal. Pero en mi opinión tal admisión axiomática no solamente no es evidente sino que es un error manifiesto y por ello propongo este nuevo enfoque del valor económico, en el cual se destierre como inexacta la noción de valor económico de uso y se admita que todos los valores de que tratan los Axiólogos sean considerados como verdaderos valores económicos en cuanto lleguen a ser susceptibles de cambio.

Cualquier valor puede considerarse como valor económico.

Mucho me temo que los filósofos y los poetas que lean estas líneas se den por muy ofendidos de que los "prosáicos" economistas nos atrevamos a dar el mismo trato a los sutilísimos partos de sus ingenios que a los productos de la agricultura o de la industria.

Y sin embargo, a mi juicio, no hay valor por elevadísima que sea su esencia que pueda escapar a una apreciación de tipo económico, con tal que se dé una sola condición: su posibilidad de ser cambiado por otro. En el momento en el que surge esa posibilidad efectiva (no meramente potencial o posible) surge el valor económico y no antes.

Hasta ese momento existirán valores de tipo artístico, alimenticio, religioso, ético, etc., pero (según nuestra concepción simplista pero exacta) no existirán valores económicos. Desde ese momento surge el valor económico, que no puede considerarse como categoría aparte ni distinta específicamente de cualquiera de las otras sino que las abarca a todas.

Aspecto social del valor.

Todavía nos queda por dar un último retoque al concepto de este "único" valor económico digno de tal nombre: su aspecto social, ya advertido por el sabio jesuita alemán Pesch, fundador del Solidarismo.

Hoy se admite que la Economía es una Ciencia Social (en contra de los desvaríos de Robbins y otros modernos) y que, por tanto, esas voluntades de cambio tomadas separadamente no llegan todavía a constituir el verdadero valor económico, que ha de ser por fuerza un fenómeno social.

¿Qué les falta? Les falta la coincidencia en una apreciación común, la opinión manifestada públicamente de un número suficiente de individuos valorantes, que no sólo se hallan dispuestos a hacer el cambio en la proporción señalada por la mayoría, sino que lo realizan de hecho.

Este conjunto valorante es lo que los economistas llaman con la prosaica palabra "Mercado". Y añaden, con verdad, que cuando el número de sujetos valorantes es suficientemente grande para que la valoración de la mayoría se imponga a los extremistas y les obligue a modificar sus resoluciones y aceptar (les favorezca o les perjudique) esa opinión fruto de la estima común, es cuando tendremos el Mercado de Libre Competencia. Entonces y sólo entonces (añado yo) habrá brotado el único y verdadero valor económico.

El fenómeno del cambio.

Demos un paso más: la Economía estudia la actividad humana en orden a la satisfacción de sus necesidades, pero necesidades de todo orden, no sólo materiales. La Economía estudia la actividad humana, pero no del hombre aislado sino viviendo en sociedad.

De aquí que el fenómeno más importante y el característico de la economía en la que nos ha tocado vivir sea el fenómeno del cambio y donde no haya cambio no se puede decir que exista economía. Por ello Robinson Crusoe, el famoso personaje de la novela de Daniel de Foe, obligado a cultivar la tierra en su isla desierta, no se puede decir que realizaba una actividad económica, en cuanto tal.

Ventajas de esta concepción del valor.

No cabe duda que contra esta manera un tanto radical de concebir el valor económico se levantarán muchas protestas diciendo, por ejemplo, que los juicios de valor individuales se requieren para que haya estima social y ya ellos solos fundamentan el concepto de valor económico.

A lo cual podemos responder que, en efecto, ellos se requieren como condición necesaria para que surja el valor social y son su fundamento, pero mientras el individuo aislado no pueda de hecho realizar el cambio de su bien por el que desea adquirir, en nada se distingue ese acto valorativo del que estima el bien por sus cualidades artísticas, etc., solamente, sin ánimo de comprarlo.

Tendríamos que admitir que todo juicio estimativo supone una valoración económica, lo cual es evidentemente falso, o de lo contrario reservar el concepto de valor formal a la estima del ser "en orden al cambio exclusivamente".

Finalmente, esta es la única salida al laberinto crucial en el que se hallan metidos los Marginalistas con sus famosas series de valoraciones arbitrarias y caprichosas que su Escuela se ha empeñado vanamente en sistematizar. ¿Cómo explicar, si no, el que a pesar de que un individuo determinado estime tanto el tabaco que en su escala de valoración individual lo anteponga al alimento, su actitud ni haga subir el valor económico del tabaco ni bajar el de los alimentos, sino porque las valoraciones que cuentan de hecho son las valoraciones "sociales"?

¿Cómo explicar el que, por el contrario, el individuo que no fume agradezca, con todo, el regalo de una caja de cigarros habanos, sino porque piensa siempre en su verdadero valor económico, que es el valor de cambio? Y la venderá o la regalará, o se servirá de ella como de un instrumento de trueque para la obtención de otros valores, cosas todas ellas inexplicables para los subjetivistas que consideran imposible para ese sujeto valorante la estima de un bien en el que no halla utilidad de uso alguna.

Digase lo mismo de otro ejemplo clásico: la valoración del agua es también una valoración social, totalmente independiente del grado de sed que cada individuo pueda experimentar en un momento dado.

Conclusiones.

Podríamos formular unos cuantos puntos a modo de conclusiones:

1. **El valor absoluto** se identifica con las perfecciones del ser. En este sentido un ser vivo (aunque sea un ratoncito) está por encima de un trozo de oro que es un mineral sin la perfección que supone la vida.
2. **El valor relativo** brota de considerar la perfección del ser, no en absoluto sino con respecto a un fin determinado. En este sentido habrá seres que tengan un gran valor artístico, religioso, estético, científico.
3. **El valor económico** no constituye una categoría aparte de los otros valores relativos, sino que se sobreañade a ellos en el momento en el que cualquiera de ellos se hace susceptible de ser cambiado.
4. **Fijar un precio** no es otra cosa que medir un valor económico. El precio no es el valor sino que es su "medida". Cuando lo medimos con monedas tenemos el precio en sentido vulgar.
5. **El valor de uso** de Adam Smith, y que éste identifica con la utilidad, **no se puede llamar valor económico.**
6. **Cualquier valor relativo es susceptible de adquirir valor económico**, hasta los valores morales como la libertad o la virtud, que a veces llegan a comprarse y venderse (prescindimos aquí de la inmoralidad que puede darse en tales estimaciones).
7. **El valor económico es el resultado de la estima social**, no de la de un solo individuo.

**Para Colegios, casas comunales, restaurantes, comedores,
donde se requiere equipo de cocina pesado, eficiente,
sencillas de operar, durables.**

Venga a



Convénzase pidiendo una demostración al

Teléfono 21-40-04, 21-40-06.

Tropical Gas Company, Inc.